



EL BUITRE DE PROMETEO.

Drama histórico en tres actos, original de D. Joaquin Tomeo y Benedicto, y representado con grande aplauso en el teatro de Zaragoza, el 12 de marzo de 1859.

A los señores don Emilio de Miró y don Liborio de los Huertos:

A nadie mas que á ustedes, mi queridos amigos y maestros, debe dedicarse esta mal pergeñada obra, escrita por mis pecados en un tiempo asaz abundante en magníficas creaciones dramáticas; ustedes la sacaron de la oscuridad á que yo la habia condenado, y á sus buenos consejos debo el haber alcanzado con ella los aplausos de un publico indulgente, que quiso alentar al joven autor en la difícil senda que comenzaba.

Permítaseme, pues, colocar al frente sus nombres, y rendir con ello un tributo á la amistad y reconocimiento que siempre les profesará.—El autor.

PERSONAJES.

BERENGUER RAMON II. conde de Barcelona.

ELODIA, condesa de Mahalta y viuda de Ramon.

BERENGUER.

UBALDU, médico del conde.

OTTJERO DE BRIPING.

AYMERIC, vizconde de Narbona.

RAMON DE FICHI, vizconde de Cardona.

SCHABIO, escudero de Aymeric.

MONCADA.

CORNEL.

CENTELLAS y

SAHAGUN, caballeros.

RODESTO.

UN HERALDO.

RAMUNDO IV, niño de cinco años.

Caballeros, diputados, soldados, pueblo.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon árabe en el palacio de los Condes de Barcelona. Puerta al fondo por la que se divisa una dilatada galeria; dos puertas á la derecha, la primera conduce al interior y la segunda á la cámara de Berenguer; entre ambas una salida oculta en la ensambadura; á la izquierda, en primer término, una ventana que da á los jardines, en el segundo la habitacion de Elodia; mesa con tapete, sillón blasonado y demas muebles de la época.

ESCENA PRIMERA.

MONCADA y CORNEL de pie; la cámara de la Condesa cerrada

MOX. Si, buen Cornel, el monstruo de palacio concluirá por devorarnos á todos.

COR. Imprudente! (observando.)

MOX. No temáis, nadie nos oye; recordad en el silencio de estos salones; su dueño se encuentra en el templo rogando á Dios por sus vasallos; y á fé que es un horrible sarcasmo murmurar una oracion y postrarse de hinojos ante el altar, cuando se piensa tal vez en un crimen, y la sangre bombea en las manos.

COR. Silencio! Desdichado! (inquieta)

MOX. No temblas, como yo, de ira y despecho al ver el imponente cuervo ocupando el nido del águila real!

COR. Recordad que al ocupar Berenguer el solio, durante la minoría de su sobrino, cumple solo el mandato de su hermano.

MOX. Su mandato! Es verdad! No sabia el malogrado Conde, al firmar su testamento, que el hombre en quien depositaba toda la confianza de padre y soberano, habia de pagarle con la punta de un puñal.

COR. Moncada, no olvideis que estas paredes tienen ecos funestos.

MOX. Pues qué, no leéis en su pálida y arrugada frente, los horrores de un remordimiento eterno, que en vano trata de ahogar con nuevos crímenes? No observais en su mirada la inquietud y ferocidad del asesino?

COR. Asesino!

MOX. Si, asesino; recordad, eran nonas de Diciembre, hace cinco años.

COR. No se olvida tan facilmente aquel horrible día!

MOX. Ramon era el soberano y el ídolo de Cataluña; padre para el pueblo, amigo para la nobleza, simple capitán para el soldado, así pulsaba un laud, como rompía una lanza, haciendo temblar á los famosos justadores; era, en fin, un dechado de soberanos. Berenguer, por el contrario, uraño y sagaz, andaba siempre separado de los demas, é inspirando antipatia y odio, y sin embargo, ningun medio perdonaba su buen hermano para alhagarle; banquetes, torneos, todo lo disponia Berenguer á sus ruegos. Un día, terrible recuerdo! salieron ambos de caza, como otras

veces solian; caza fatal, que mató al Señor desde su trono. En la espesura del bosque, Ramon se estravió; en vano le llaman sus monteros, nada se halla; de repente aparece ante ellos Berenguer pálido y convulsivo, preguntándoles por su hermano. Infame! Bien sabia en donde se encontraba; atravesó la el corazón de una puñalada, se le halló a orillas del lago de Hostalrich, y á su lado una daga que muchos ojos habian echado de menos en el ciuto de Berenguer.

COR. Horror!

MON. Cinco años hace, pues, que la corona ducal de Barcelona oprime las sienes del fratricida; cinco siglos de maldades é infamias. Mirad á Catalaña triste y abatida, viendo hundirse sus glorias en el abismo del olvido, con la estupidez de la esclavitud; los euculos de nuestra nobleza, hechos pedazos por el tirano. Barcelona toda ahorrrojada á su capricho.

COR. Cuánta verdad!

MON. Necios los que ven en Berenguer un fiel intérprete de la voluntad del asesinado Conde, y no le juzgan cual es en realidad; sin esa máscara hipócrita con que se cubre, y bajo la que aparece como el mas infame usurpador.

COR. Usurpador?

MON. Si, en verdad! Tendad la vista por do quier, y respondedme luego. La Condesa de Mahalta, la triste viuda de Ramon, encerrada con su augustó hijo en este palacio, como en la mas dura prision; espiados sus pasos, interpretados todos sus pensamientos, y asesinados sus fieles servidores, que como el padre page Rojer, la profesaban un carita puro y leal! Rolando de Albert, el anciano consejero del infeliz conde, proscrito y pregonada su cabeza. El noble Ramon de Folch, vizeconde de Cardona, amparado del Castellano; Guillermo Sanchez, el bravo gobernador de la ciudad, encerrado en el castillo de Gerona, mientras ocupa un alto puesto un vil aventurero. Y por último, el jóven Aymerico, Vizeconde de Narbona, perseguido sin tregua ni descanso, por abrigar un corazón fiel y generoso.

COR. No dudo de la verdad de vuestras palabras, pero si de vuestra cordura al pronunciarlas en estos sitios.

MON. Cornel, la verdad infunde valor; los mártires maldecian á los ídolos en presencia de los tiranos.

COR. Pues bien, Moncada, por el alma de mi padre, por el honor de caballero y por la espada de soldado, juro ayudar vuestros planes contra Berenguer, si como decís, trata de despojar al hijo; de la corona de su padre.

MON. Y yo, Bernardo de Moncada, acepto con júbilo el juramento. *(danse las manos.)*

COR. La lealtad jurada al padre, la juramos tambien al hijo.

MON. Si, libertad al uno, al otro venganza! Pobre viuda, tierno niño, órfenos y desgraciados seres por quienes piso estos salones, alentad, aun hay quien vele por vosotros, y tú, Berenguer, tiembra; la justicia de Dios caerá sobre tu cabeza, mas terrible cuanto mas tardía.

COR. *(mirando á la derecha.)* Silencio! Siento pasos!

MON. *(idem.)* El malitio médico y envenenador del dèspota, el negro bno de esta caberna.

COR. Disimulo, Bernardo... Aquí está.

ESCENA II.

Dichos, Ubaldo por la primera puerta de la derecha.

UBAL. Cómo? Aun no ha vuelto á su madriguera?... Estabais ahí, nobles señores, perdonad, no os habia

visto; esperas al soberano? Teneis alguna nueva que darle? Nos amenazan por acaso el musulman ó el castellano?

MON. Escusa preguntas, que no han de ser contestadas.

UBAL. ¿al humor gastais hoy, caballero Moncada; pero qué quereis?... Os pregunto... ya se vé, venis tan poco á palacia...

MON. No necesita Berenguer de los catalanes, desde que tiene extranjeros á quien confíarse.

UBAL. Veo que llevais muy á fondo la cuestion.

MON. Ya te he dicho que escuses palabras vanas...

UBAL. Qué, no quereis hablar conmigo? Os tendreis á menos por ventura? Pensad que nunca reusó Berenguer mi trato.

COR. No ignoramos tu fortuna.

UBAL. Fortunada!... Y qué me vale esa fortuna, cuando tantos me odian?

COR. Te odian?

UBAL. Si; y vosotros mismos, nobles señores, vosotros tambien me odiais, y sin embargo, tal vez os podia ser muy útil un dia mi amistad.

MON. Tu amistad! *(con desprecio.)*

UBAL. Si por cierto, no sabeis mis conocimientos médicos? No os acordais que mi ciencia arrancó de los brazos de la muerte a nuestro buen conde y señor, hace dos años, poco mas, merced á lo cual debo el ser hoy su médico de cámara?

MON. Y no fué tambien tu nombrada ciencia, la que arrojó á otros al sepulcro? El jóven Rojer, secretario de la vinda de Ramon, no murió hace seis dias envenenado?

UBAL. Eso dicen mis enemigos!

MON. Miserable!

UBAL. Pero el Conde me defiende de ellos.

MON. Y paga los servicios dignamente.

UBAL. Veo, bien Moncada, que teneis un defecto colosal... He notado que vuestros labios pronuncian palabras que no consulta á vuestra mente!...

MON. Como?

UBAL. No olvidéis que el rey tiene un fiel servidor que alaga todos los insultos, y que este es el verdugo.

MON. Alquimista infernal, ten la lengua ó te la clavare con mi daga sobre el escudo de tu señor.

UBAL. Desprecia vuestras amenazas, catalan.

MON. Los desprecias?

UBAL. Si, no olvidareis que una gota de mi sangre hara rodar alguna cabeza.

MON. Infame!

UBAL. Habeis venido á insultarme acaso?

MON. Oh! siento que la sangre se agolpa á mis ojos, como una venda de fuego.

COR. Venid, venid, Moncada.

UBAL. Si, si llevaoslo; haced que el aire refresque su cabeza.

MON. Miserable! Si, me voy; por no manchar mi acero con un crimen; me voy, hechicero maldito, pero, ay de ti algun dia! *(vase con Cornel.)*

UBAL. Id en mal hora, y el diablo cargue contigo y tus profecias.

ESCENA III.

UBALDO, solo.

Marehad de aquí, mentecatos, que abrigando un odio mortal contra vuestro señor, palideceis y temblais á su vista, como la mas débil mujer; id pues, cobardes, á ahogar vuestra rabia en el fondo de vuestros feudales castillos, que á una voz del soberano, vendreis otra

vez sumisos a besar sus plantas, como inmundas reptiles... Pero alguien llega. (mirando al fondo.) Ah! Es él, Berenguer con su corte de palaciegos; imbeciles!

ESCENA IV.

Dicho y entran por el fondo BERENGUER y cortesanos, aquel vendrá lacusturno, y luego que entra, dice á los que le acompañan.

BER. Gracias, señores, gracias por vuestros buenos deseos; hemos cumplido ya con el Señor, venimos de su Santa Casa, id pues, y descansad de las fatigas de hoy; nunca olvidara Berenguer el interese que tomaba por su persona. (los cortesanos saludan y salen por el fondo.) Por fin me veo libre de ellos. Ay!... yo no sé... parece que respiro con mas facilidad al verme solo; pero quien es? Qué buscan por ahí?

UBAL. Señor...

BER. (conociéndole.) Ah! eras tú, mi buen Ubaldo? Ya lo véis... acabo de llegar del templo, donde he ido, segun costumbre, á pedir á Dios por nuestra salud... (se sienta junto á la mesa.) El cansancio me agobia... siento una flojedad!

UBAL. Señor; ya os he dicho mi parecer; debéis inventar otro método de vida.

BER. Otro método de vida?

UBAL. Si por cierto; no véis que la melancolia es el aliento de la muerte! Unido en este palacio no salís sino para ir al templo; siempre solo, encerrado en vuestros aposentos, qué queréis... pero el ejercicio os es mas provechoso, procurad distraeros.

BER. Distráeme? Arrojar de mí la tristeza? Oh! bien sabes tú lo difícil que es!

UBAL. Bah! no lo creas; desechad todo amargo recuerdo; echaos en brazos del placer, y dejad que os cubra con sus alas de oro.

BER. Placeres! Buscar placeres con la cabeza cansa! No hay duda que son muy bellas tus ocurrencias, Ubaldo!

UBAL. Señor, conoced la verdad de lo que os digo; ved que aun sois joven; inventad, buscad objetos que os causen agradable impresion; juntad en un certamen á los trovadores provenzales; publicad un torneo, abrid vuestros salones á las danzas y banquetes, ó entregaos á los azares de la caza.

BER. La caza! (estremeciéndose y clavando sus ojos en Ubaldo)

UBAL. (sin atender.) O cualquiera otra diversion que os cause novedad y esparcimiento.

BER. Todo será en vano.

UBAL. Señor.

BER. Si, Ubaldo, soy el mas desdichado de los hombres; ademas de los dolores que me atormentan, existe una causa que hace mayor mi padecer; ya lo ves; sino fuese por tí, me veria abandonado de todos; nadie parece por palacio, á no venir llamado por mí. Sin amigos! Sin familia! No hay en el mundo mas que dos hombres á quienes puedo mirar sin recelo; tú, y el buen Otihero; los dos sois mis únicos hermanos; á los dos os debo la vida. Moribundo y desahuciado me hallaba hace dos años, cuando te presentaste tú en la cabecera de mi lecho; venias de muy lejos, segun decias, y posees la ciencia de curar; con tus esfuerzos me arrancaste de los brazos de la muerte; me dijistes que no tenias familia, que tu patria era la Bohemia, y nada mas quisé saber; te debía la existencia, y debí entregarte toda mi confianza; dias despues, al volver de una romeria á San Gerónimo de Colserola, mi caballo espantado y sin respetar el freno, antes que

nahe pudiese detenerlo, se lanzó al escape por medio de los campos, pronto á arrojarse conmigo de lo alto de las rocas, cuando un manco desconocido, se adelantaba con peligro de su vida sobre el cuello del indomito animal, y me salvó asi de una muerte cierta. Era Otihero; cual premio exigia por su valor, le dije, contestóme lo que tú, que era solo en el mundo, y le hice un amigo, como á tí; desde entonces vosotros sois mis únicos compañeros; á tí te hice mi médico y consejero, á él el Gobernador de la ciudad... pero la ingratitude se introduce en todos los pechos, y Otihero aun no ha parecido hoy por el palacio!

UBAL. Pateceis un muy mal estado!... Dentro de poco, tal vez, le tendreis aqui.

BER. Es ya tarde; la noche tenderá luego su velo! Ay!

Tiembo de que llegue. No es verdad, Ubaldo, que la noche es horrible?

UBAL. Procurad descansar, y presto pasará.

BER. Descansar!... Oye... has visto á la Condesa?

UBAL. A la viuda de vuestro hermano.

BER. La has visto? Ya hace tres dias que no sale de sus habitaciones; sabes tú la causa de su retiro?

UBAL. Cual puede ser? Encerrada con su hijo, llorar por su malogrado esposo.

BER. Llorar! Siempre llorar! Cinco años de luto! Sin embargo, tu fuste hace poco el que me espuso lo necesario que era el hacer desparecer al page Rojer.

UBAL. Sospeche con acierto; ya visteis la carta del Vizconde de Cardona, dirigida á Elodia, y en la que le prometia ayuda; esa carta se halló sobre el cadáver.

BER. Tienes razon!... Una carta llena de baladronadas, que el buen Ramon de Folch escribia á la viuda de mi hermano, desde su refugio... Oh!... qué hermosa cabeza para ensayarse mi verdugo!... Y no crees que ella recibia otras cartas?

UBAL. Imposible, señor; velada sin cesar, su sola ocupacion es el cuidado de su hijo.

BER. Mi muy querido sobrino! Pobre niño! Crees que no heredara el edo de su madre hacia mí?...

Escúchame, Ubaldo; hubiese sido mas prudente educarle sin la tutela de la condesa?

UBAL. Una separacion!

BER. No seria ese uno mas perfecto en otras manos?

UBAL. Señor... lo pensaré!

BER. Si, eso es; piénsalo, viejo mío, piénsalo, y contéstame luego... Ahora, acompañame á mi estancia...

Ven... quiero que mañana se celebre una fiesta á San Jaime, para que mantenga el condado en la quietud en que se halla... No sabes lo espantoso que sería para mí el verla turbada! (se opoya en Ubaldo y entra en su cámara.)

UBAL. Vamos, señor.

BER. Haz porque no se olvide colocar los guardias de la cámara.

UBAL. Descuidad. (entran y cierra la puerta.)

ESCENA V.

Despues de una pausa, se abre la puerta de la habitacion de ELODIA, y aparece esta.

CON. Nadie! Silencio y soledad! La puerta de su cámara cerrada; bien puedo llegarme á esa ventana á respirar las auras embalsamadas del jardín, sin temor de encontrarme con él. Encerrado con sus favoritos, resolverán nuevas maldades!... Oh! Dios mío! Muy grande será el castigo que preparas á sus infamias, cuando tanto retardas su ejecucion! Cuánta tristeza respiran estos salones, que antes resonaban con las músicas del sarao, ó el bullicio de los festines! Ahora su quietud es sepul-

cras! Sus paredes destilan sangre; sus ecos solo responden lamentos! Oh! como alhagan á mi frente las brisas de la tarde... Mi cabeza arde como un volcan... Dios mio, no abandones á esta madre, que te ruega por el hijo de sus entrañas! *(queda abismada y apoyando la cabeza en la ventana.)*

ESCENA VI.

SUMARIO *en traje de soldado, aparece por el fondo, reconoce la escena con sigilo, vé á la Condesa y se acerca á ella con interés, reconociéndola.*

CON. Nadie! No hay nadie!... Una muger! Es ella! La Condesa!

CON. Quién? *(levantándose con precipitación.)*

SUM. Soy yo, señora; yo, vuestro mas fiel servidor.

CON. Dios mio, esa voz!...

SUM. Qué, no me reconocéis?...

SUM. Sumario! *(escena á media voz y con rapidez.)*

SUM. Sí, Sumario, el leal escudero del Vizconde de Narbona.

CON. Aymerico!

SUM. El mismo, desgraciada Condesa, el mismo; por cuyo mandato he llegado hasta este sitio.

CON. Será cierto? El vizconde de Narbona, el mas fiel amigo de mi desdichado esposo, se acuerda de la infeliz Elodia?

SUM. Preguntad antes si os ha olvidado un solo momento; vé, me ha dicho mi señor y amo, introducéte en palacio; indaga, procura ver á la Condesa; dila que vengo á salvarla.

CON. Oh! pero él, donde se halla? No habrá osado!...

SUM. A todo.

CON. Luego se encuentra...

SUM. En Barcelona.

CON. Eh!... él aquí!... Tiemblo de espanto!... Vé, Sumario, marcha, si le amas, y haz que salga inmediatamente de la ciudad.

SUM. Señora!...

CON. Vuela, no te detengas! Oh! no puedes figurarte lo que pasa en mi corazón; yo, que hace tanto tiempo no he visto ante mí, sino los semblantes de mis verdugos pensar que él, el amigo de mi esposo, mi unico defensor, se halla tal vez á pocos pasos... Oh! daría la vida por verle... Pero no, es preciso que se salve, y solo con una precipitada fuga podrá ser

SUM. Qué decis? Qué desista de veros? Mal conocéis su carácter, su voluntad de hierro. Hoy hemos llegado á la ciudad, sin tropiezo alguno; nos hemos hospedado en la cabina de un pescador, y su primer pensamiento ha sido el introducirse el mismo en palacio.

CON. Y no vé el desgraciado su perdicion casi segura?

SUM. El no vé mas que vuestra desgracia, y su único anhelo es librar á la esposa y al hijo de su amigo.

CON. Dios mio! Dios mio!

SUM. Desea hablaros esta noche... Si accedéis, como cree, y quereis verle, asomáis una luz por esa ventana.

CON. Venir él! *(abismada.)*

SUM. Resolveds pronto.

CON. Sí, sí, Sumario, dile que espere, que no abandone al hijo del desdichado Ramon... pero y si le prenden? Y si dan con su huella?

SUM. No temáis por ahora; Dios nos ayudará.

CON. Oh! Sí, dices bien; confíemos en su bondad sin límites; en Dios que todo lo puede! *(Ubaldo aparece en la puerta de la cámara.)*

UBAL. Quién es? Ah!

CON. Ah! *(al verle.)*

SUM. Un hombre! *(echando mano á la espada.)*

UBAL. Perdonad, señora condesa; perdonad si os interrumpo en vuestras oraciones.

CON. Que quereis decir?

UBAL. Creia haberos oido invocar el nombre de Dios.

CON. Ha prohibido tambien Berenguer el consuelo de la esperanza? El pronunciar el nombre del Señor?

UBAL. No, cuando vos lo habeis; pero si ha prohibido que los soldados de su guardia penetren aquí sin su permiso.

CON. Ah!

UBAL. Condesa, estais pálida como un espectro; tan horrible era lo que ese soldado os revelaba?

CON. No tanto como el sarcasmo de vuestras palabras.

UBAL. Como queráis... pero eso no importa para que os respete y admire.

CON. *(Infame!)*

UBAL. Seré lo que vos querais... y tú que te atreves á entrar hasta este sitio, sal pronto de él, ó teme el castigo de tu osadía.

SUM. Yo... perdonad... pero... *(mirando á la condesa, que turbada tiene la vista fija en el suelo.)*

UBAL. Dudas, miserable? *(después de una mirada de angustia que le dirige la condesa dice aparte.)*

SUM. Yo volveré... *(vase por el fondo.)*

UBAL. Y vos, señora... *(vá hacia ella.)*

CON. Apartad! *(entra á su habitación y cierra.)*

ESCENA VII.

UBALDO, solo; luego OTTGERO.

Vé en paz, desgraciada matrona; vé en paz; pero no creas que se me esconden los planes; no creas tan débil á mi oído, que no sorprenda á través de una cerradura un secreto indiscretamente tratado; no porque le he dejado marchar, dejo de comprender el misterio que ese soldado encierra... *(aparece Ottgero en el fondo.)* Dios guarde al muy noble gobernador de Barcelona.

OTT. El diablo cargue con el rey de los embaucadores!

UBAL. Por mi fé, buen Ottgero, que no es tu salud digno de la persona á quien se dirige.

OTT. Ignoro el saludo que esa persona se merece, y así le doy el que antes me viene al pensamiento.

UBAL. De mala data venis, señor gobernador.

OTT. Motivos tengo, señor médico.

UBAL. Malos aires corren por la ciudad, que así os enajeniran tan negro humor.

OTT. Malos son, en verdad; sin un villano á quien apalea, y un hidalgo á quien encarcelar, es la vida muy triste.

UBAL. Hoy, pues, debéis haberos ocupado en algo, no habeis parecido por palacio en todo el día.

OTT. Así es; hoy ha comenzado mal, y ha concluido bien.

UBAL. Qué quereis decir?

OTT. Nada por tí, mucho para el soberano.

UBAL. Secretos?

OTT. Que no te interesan... Y Berenguer?

UBAL. Hace poco le dejé en su cámara, dedicado á sus santas oraciones.

OTT. Has aprendido tú alguna desde que le asistes? *(con desden.)*

UBAL. Se creará el buen Ottgero con mas facilidad para aprenderlas?

OTTJ. Cómo, el Bohemio Ubaldo cree en Dios?

UBAL. Y quién sino Dios, tiene poder para crear demonios como tú?

OTTJ. Cómo, me insultas?

UBAL. Te pago en la misma moneda.

OTTJ. Infame!... (echa mano á la daga.)

UBAL. No te incomodes; no hago mas que recordarte, para que no te remontes tan alto.

OTTJ. Vive Dios, viejo maldito, que te he de colgar de la barba en esa vantage.

UBAL. No creo tan facil la ejecucion.

OTTJ. Me desafiás? (va hacia él.)

UBAL. Atrás.

ESCENA VIII.

Dichos, BERENGLER; aparece en la puerta de su cámara.

BER. Qué es esto?

LOS DOS. Ha!

BER. Cuál es la causa de ese alboroto?

OTTJ. Señor!...

BER. Vamos; es eso regular, señor gobernador? Venis á tales horas para conmover el palacio? (en tono de reconvencion forzada, y yendo á sentarse junto á la mesa.)

OTTJ. Perdonad, señor; no tube yo la culpa... fui insultado....

BER. Insultado?...

OTTJ. Ubaldo me dirigió algunas palabras....

BER. Ubaldo, es esto cierto?

UBAL. Ottjero tiene el defecto de ser muy arrebatado.

BER. Vamos... cuidad otra vez; vuestras rencillas me disgustan; vosotros, que sois mis únicos amigos....

UBAL. Perdonadnos!....

OTTJ. Y ahora que venia en alas de mi deseo á comunicaros una feliz nueva.

BER. Una feliz nueva? Era por eso tu tardanza en venir á verme?... Y cual es la noticia que me traes?

OTTJ. Una que otro mas ambicioso, se haria pagar á precio de oro; pero que yo os daré solo por tocar vuestra mano.

BER. Mi mano? O buen Ottjero!... Toma.... toma y di. (dándole la mano.)

OTTJ. Me perdonas?

BER. Con vida y alma.

OTTJ. Pues bien, señor.... Sabed que uno de vuestros mas poderosos enemigos, se halla en Barcelona.

UBAL. Cómo!

BER. Qué dices? (levantándose agitado.) Uno de mis enemigos?.. Pronto, pronto, quien es? Será por acaso Ramon de Fulch? Ese necio guerrero que me insulta desde la corte del castellano Alfonso, sin atreverse á salir de ella por temor de mi vengauza?

OTTJ. No es él.

BER. Será pues Rolando de Albert, el viejo é insensato secretario de mi hermano, cuyas impotentes maldiciones hubiera ahogado mi verdugo, á no haber sido tan estúpidos los soldados que le seguian.

OTTJ. Tampoco es él.

BER. Pronto, habla pues, quién es?..

UBAL. Esperad; me dais licencia, y os lo advino?

BER. Cómo?

UBAL. Quereis que yo os diga cuál es el enemigo que se alberga dentro de la ciudad?

BER. Tú?

OTTJ. Facil será. (con desden.)

BER. Ya lo véis, buen Ottjero! mi viejo médico dice que lo sabe.

OTTJ. Pues yo le apuesto el mejor de mis caballos, contra sus chumelas, á que no.

UBAL. Acepto; sed vos testigo, mi noble señor... El enemigo terrible que segun Ottjero dice se halla en Barcelona, el terrible campeón es...

BER. Acabá!

OTTJ. No lo pienses mucho, (con risa.)

UBAL. Es el noble Aymerico, vizconde de Narbona.

OTTJ. Cielos?!

BER. Será cierto? Es verdad, Ottjero, lo que dice?

Aymerico se halla en la ciudad?

OTTJ. Cierto, señor, muy cierto; hace pocas horas, que despues de grandes investigaciones, lo han podido averiguar mis gentes, y he corrido á comunicaroslo.

UBAL. Ya ves, buen Ottjero, que Ubaldo, sin espías, Ubaldo sin salir de este palacio, sabe tanto y quizás mas que tú..

BER. Es necesario, pues, prenderle inmediatamente; me parece imposible tenerlo entre mis manos! El! que tantas injurias ha echado sobre mi, él mismo viene entregarse á mi justicia!

UBAL. Ottjero, te gané, pero soy generoso; guarda tu caballo, que á mi me basta con el trionfo.

OTTJ. (Cómo habrá salido!)

BER. Pero decídmelo, esplicadme!

OTTJ. No puedo deciros mas, que ha entrado, pero no ha salido de la ciudad.

BER. Ni debe salir; al punto prendedle.

OTTJ. Señor, hasta ahora no sabemos como.... Se han tendido todos los lazos posibles, y espero que pronto se hallará en nuestras manos.

BER. Es decir que no sabes dónde se halla en este momento?

OTTJ. No señor.

UBAL. Pues yo sí.

BER. Tú!

OTTJ. El?

UBAL. Yo, yo sé dónde y cómo se le puede prender!

BER. Por mi fe, viejo Ubaldo, que temo hayas hecho pacto con Satanás.... En fin, habla.

UBAL. Antes de todo, decid á vuestro gobernador que respete mis disposiciones y las ejecute.

LOS DOS. Cómo!...

UBAL. Se necesita que vuestros soldados rodeen el palacio.

BER. Se halla en él por ventura? (con temor.)

UBAL. Todavía no.

BER. Qué quieres decir?

UBAL. La noche es á propósito para las citas....

OTTJ. Qué significa!...

BER. Ah!.. ya comprendu!...

UBAL. La tórtola, que no tiene fuerza en su pico para romper los hierros de su jaula, llama en su ayuda al palomo. (con intencion.)

BER. Pero el milano las sorprende y las devora!

UBAL. Veo que me vais entendiendo. (con satisfaccion.)

BER. Pero dime, cómo posees tú esas noticias, por las que hubiese dado un imperio?

UBAL. Lo sabreis; pero antes.... el tiempo no malgastemos. La noche llega; haced como os he dicho que se preparen los soldados; no permitais que entre nadie en este salon, y esperad en vuestra cámara el resultado de todo, que no dudo será presto y feliz.

BER. Ya lo oyes, Ottjero; es preciso cumplir las órdenes de nuestro soberano; si, nuestro soberano, pues él salva esta noche al verdadero.... Oh! gracias, fieles servidores, que así sorprentéis á la traicion en su cuna, que así veais por mi salud.

OTTJ. Señor, es nuestro deber.

BER. Tiembla, Aymerico; y tú, insensata mujer, que así caminas al abismo por tu voluntad, pronto verás como venga el conde sus injurias... Presto, Ottjero, da las órdenes oportunas, prohibe la entrada en el salón, Ubaldo lo dice... haz que estén preparados los soldados á una señal, y por la puerta censada de mi cámara, mándame algunos arqueros de los mas valientes y decididos, los podria necesitar... En vosotros confié; y tú, mi leal Ubaldo, ven, acompañame hasta mi cámara, y haz que se cumplan todas tus disposiciones, porque yo lo quiero así. *(Berenguer acompañado de Ubaldo entra en su cámara, cerrando la puerta.)*

ESCENA IX.

OTTJERO, solo; luego la CONDESA.

OTTJ. El viento del favor, soplará esta noche hácia el viejo envenenador!... Verdad es que él ha sido mas astuto que yo; posee el secreto de una cita; él, sin espías, sin salir de estas habitaciones... Oh! cuánto diera por poderme deshacer de ti, Bohemio maldito! Ha dicho una cita?... No sé por qué tiemblo al pensar!... Será ella, ella á quien el vizconde tratará de ver, de arrancar tal vez de estos sitios? Si así fuese, á Dios, sueños dorados, todo concluíria para mí. Elodia, por qué no tienes un corazon menos duro, y aun podríamos ser felices, poseerla, y traspasar á mis sienas esa corona que pertenece á tu hijo; el amor adornaria con sus flores mi ambicion... Poder llegar á ser tu esposo, á titularme conde de Barcelona, he aqui todos mis pensamientos, mis deseos! Además, debo libertarla del peligro que le amenaza... Ese Ubaldo es el genio del mal, colocado para estorbar todas mis dichas; será capaz de todo!... Ser soberano, verse obedecido de un pueblo... Oh! no perdamos tiempo... Salvémosla, pues es el único medio de que lleguen á cumplirse mis deseos. Ah! *(vá á salir.)*

CON. *(sale de su habitación con una lampara que deja sobre la mesa.)* Ha llegado la noche! Tiemblo de espanto!

OTTJ. Ella es!

CON. Dios mio, no me abandoneis! Ved que todo lo hago por él, por mi pobre hijo.

OTTJ. Condesa!...

CON. Cielos! *(estremeciéndose.)*

OTTJ. Soy yo, señora; yo que no vivo sino os veo; yo, que daría mi vida por oír de vuestros labios una sola palabra de amor.

CON. Amor!

OTTJ. Si, condesa; mil veces os he repetido estas palabras, que se han estrellado en vuestro pecho, como en el mármol de una tumba... Oh! no sabeis lo que sufro, porque si á comprenderlo llegaseis, no dudo de vuestra compasion! Escuchadme, señora; por vos estoy pronto á sacrificar toda mi existencia; si me amais sereis libre, volareis con vuestro tierno hijo á las fronteras, y desde allí podreis reclamar en alta voz, la corona que ahora le usurpan... todo, todo á cambio de una palabra!...

CON. Estais loco, segun veo! Ya os he dicho mil veces, y ahora os lo repito, antes la muerte que el deshonor!

OTTJ. El deshonor!

CON. Si por cierto; el deshonor!

OTTJ. Elodia!... Os perdono!

CON. Me perdonais? Yu lo agradezco, caballero. *(con ironia.)*

OTTJ. Ved que os perdís sin remedio; que sois un naufrago á quien tienden una mano salvadora.

CON. Esa mano está manchada de sangre!

OTTJ. Cesad en vuestra porfia.

CON. Nunca.

OTTJ. Por última vez.

CON. Por última, os prohibo volvais á dirigirme la palabra.

OTTJ. Pues bien, temblad ahora, temblad, si, porque todo ha concluído para vos; *(átirse.)* Oh! yo os ofrezco cariño y amparo, y en cambio me pagais con desdenes insultantes, yo he puesto mi corazon á vuestros pies, y no dudais en pisotearlo sin piedad!... Mal comprendéis vuestra situacion, condesa; sin embargo, nada os exijo ya; venganza, es solo lo que me resta! *(vase precipitado por el foro cerrando.)*

ESCENA X.

CONDESA ELODIA, sola, AYMERICO; noche completa.

CON. Dios mio! Ese hombre me ha estremecido; temo mas sus furios que las infamias de Berenguer. Esta ha temblado no comprendiese mi debilidad, bajo el engañoso velo de firmeza... Oh! es preciso salvar á mi hijo; valor... todo esta en descanso. *(vá á las puertas y cierra.)* El paso es arriesgado, pero la libertad de mi hijo es antes que todo. Nada se oye... haré la señal... *(deja la luz un momento en la ventana.)* Virgen mia, ayudadme... creo que los latidos de mi corazon van á venderme! *(quita la luz.)* El aire mueve la ramas... ese rumor... suben... tiemblo de espanto!... es él!... Aymerico!

AYME. Elodia! *(salta de la ventana en traje de trovador provenzal; se estrechan las manos.)* Condesa! Sois vos? Es cierto que estrecho vuestras manos? Que aspiro vuestro aliento?

CON. Si, amigo mio; oh! el placer de este instante recompensa todos mis sufrimientos.

AYME. Cuánto habeis debido padecer!

CON. Solo Dios lo comprende... pero ahora vos velareis por nosotros; librareis á mi hijo, que es todo mi pensamiento.

AYME. Si, si, condesa, vuestro hijo!... Dónde, dónde esta?...

CON. En su cuna de dolores.

AYME. Infeliz!

CON. Pero no, pensemos en vos, en vuestra imprudencia al pisar estos salones.

AYME. No temais; nadie sabe mi estancia en la ciudad; además, aqui precisa vuestra salvacion, vuestra fuga.

CON. Mi fuga!

AYME. Si, condesa; preparaos; Aragon nos espera, vuestros fieles partidarios corren al trono de Sancho I, en demanda de auxilio. El castellano Alonso VIII se dispone á reclamar vuestros derechos, con las lanzas de sus soldados.

CON. Qué decis?

AYME. Que los rayos del sol comienzan á brillar en el oscuro porvenir de Elodia; y yo, que he sido siempre el mas fiel amigo de vuestro esposo, y á su querido ser tambien el primero para salvaros.

CON. Cuanta generosidad! Mi esposo os vé desde el cielo, vizconde; el os bendice por el bien que haceis á esta pobre y desvalida muger, y á su desgraciado hijo. *(sueñan golpes en el fondo.)*

LOS DOS. Oh!

CON. Somos perdidos.

Voz. Abrid, abrid en nombre del soberano

CON. Son ellos! Huid, huid!

AYME. Qué huya!... Si, si, huiré por vos, por vos solamente.

CON. Dios mio! (va á la ventana y retrocede.)

AYME. Traicion!

CON. Cómo?

AYME. La escala ha sido cortada; al pie de la ventana se ven reducir los casaca de los soldados.

Voz. (fóra.) Abrid! Abrid!

CON. Perdidos! Perdidos!

AYME. Infames!

BER. Cerrada! (golpeando la puerta de su cámara así como las del fóro.) Abridla pronto!

CON. Berenguer!

AYME. Eh!... Oh! Dejad... dejad que le tienda á mis pies!

CON. Insensato! Y mi hijo? Y su libertad.... no!...

AYME. Infames! Cara les venderé mi vida! Las puertas ceden!

CON. Huid, huid! (siguen los golpes en las puertas.)

AYME. Qué huya? No veis que estamos cogidos en la red mas infame? Por dónde he de huir?

UBAL. Por aquí! (apareciendo en la puerta secreta izquierda, sorprendidos.)

LOS DOS. Ah!

UBAL. Pronto! (empuja fuera á Aymerico y cierra inmediatamente.)

CON. Eh! (cae desmayada al suelo.)

UBAL. Imprudentes!... (abre la puerta del fondo por la que entran Otjero y soldados con luces y armas, al mismo tiempo la de la cámara de Berenguer, cae hecha pedazos, y salen precipitadamente él con una hacha y arqueros.)

OTTJ. Ellos, ellos son!

BER. Inferno!...

OTTJ. Dónde? Dónde?...

BER. Pronto.... pronto cien doblas por su cabeza!...

UBAL. Por allí! (señalando la ventana.)

BER. Su cabeza, su cabeza necesito; pronto! Su cabeza! (los soldados se precipitan hacia la ventana; Berenguer sigue con ansia sus movimientos, Otjero levanta á la Condesa y Ubaldo domina el cuadro con los brazos cruzados.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del acto anterior; las puertas, excepto la del fondo, cerradas.

ESCENA PRIMERA.

MONCADA, CORNEL, SAHAGUN, caballeros.

MON. Será cierto, señores?

SAHA. Muy cierto. nobles amigos; Berenguer se halla en sus últimos momentos.

CON. Nos han llamado á palacio; nos han conducido á la antecámara, y en ella nos han dicho: el conde se muere!

MON. Es verdad; las campanas de la ciudad infonden con su mortuorio son, la alegría y la esperanza en todos los corazones.

COR. Moncada, respetad las agonías de un moribundo.

MON. Decís bien; respetemos su muerte, pero excrementos su vida.

COR. Y se sabe cuál es la causa de tan repentina novedad?

SAHA. Se habla con mucho misterio de un grau acontecimiento ocurrido anoche en palacio; se dice que quisieron asesinarle, y se cree su enfermedad uo arrebató á la cabeza.

MON. Siempre misterios!

SAHA. Esos rumores han corrido hoy por la ciudad; tambien se cuenta, aunque no se sabe el nombre, el regreso de un ilustre proscrito....

MON. Cómo?...

SAHA. Que en vano ha tratado Berenguer de apisonar.

CON. Será cierto?

SAHA. Todo eso, reunido á su débil naturaleza, causará tal vez su desgracia.

CON. Es verdad; hace tiempo que el conde se halla enfermo....

MON. Si, desde la muerte de Ramon.

CON. No es hora de acriminaciones, sino de perdon.

MON. Palabra que nunca ha salido de sus labios.

COR. Pero que Dios pronunciará para él.

CON. Se sabe algo de la condesa?

SAHA. Sigue encerrada, con su augusto hijo, en el fondo de sus habitaciones.

MON. Presto la arrancarán de allí los vitorios de un pueblo, de un pueblo que libre de usurpadores, vendrá gozoso á entregar en manos de su legitimo dueño el centro de Vifredo.

SAHA. Ya era hora de que Cataluña respirase.

COR. El Iris de bonanza aparece sobre el horizonte de la patria.

SAHA. Libertad y union. (dánse las manos.)

ESCENA II.

Dichos y CENELLAS, saliendo de la cámara. Todos le rodean.

VARIOS. Centellas.

OTROS. Y bien?

COR. Continad la ansiedad general; decidnos lo que pasa en esa estancia.

CEN. Se muere, amigos míos, se muere sin remedio.

UNOS. Cómo?...

OTROS. Hablad!

CEN. Comisionado por vosotros, penetré en esa cámara, donde impera la muerte; las cortinas del lecho estaban corridas, y no tuve valor para acercarme.... Berenguer se halla en lo último de su vida. Oh! amigos míos, qué horribles deben de ser para él estos instantes! Solo, abandonado de todos, lo encuentra en torno de sí, mas que á sus dos infernales compañeros, á Ubaldo el médico, y Otjero el Gobernador; un religioso es la tercera y última persona que le asiste.... Oh! es un cuadro terrible! Berenguer luchando con la muerte, solo pronunciaba palabras imperceptibles, que apenas llegaban á mi oído.

MON. Justicia de Dios!

COR. El pueblo se agolpa á las puertas de palacio, y espera con ansia el desenlace de tan tremendo drama.

SAHA. Los Concellers y diputados de la ciudad, han sido llamados.

CEN. Barcelona se conmueve en sus cimientos.

MON. Con que es cierto ya? (mirando á la cámara.) Dios en sus altos juicios, ha herido de muerte tu corazón? Oh!... Cuán terribles deben de ser estos momentos para ti, Berenguer; estos momentos en que el hombre vé ante sí el cuadro de su pasada vida, con los colores mas vivos y verdaderos!

CEN. Teneis razon, Moncada; la muerte del malvado solo será comparada á los tormentos que le esperan.

COR. Conteneos! Perdon, no reproches deben salir de vuestros labios. (durante esta escena, diferentes personajes han ido hablando en silencio y formando gru-

pos en los cuales debe revelarse la impaciencia de situación.)

SABÍ. Ved ya llenos los salones; en todas las frentes un pensamiento; en todos los corazones un deseo.

CEN. Tamblen al pueblo se le franquean hoy las puertas de palacio? (rumor)

UNOS. Silencio! Silencio!

HER. (apareciendo en la puerta de la cámara.) Ricos hombres, caballeros, diputados, ciudadanos, oid! El conde soberano de Barcelona, durante la menor edad de Raimundo IV, el noble Berenguer Ramon acaba de morir! Rogad á Dios por su alma.

TODOS. Ah!

COR. Dios le recoja en su gracia!

CEN. Ha muerto!

VOZ. Berenguer ha muerto? Viva Raimundo!

TODOS. Cómo!

AYME. Si, el legítimo soberano! (en traje de trovador precipitándose en medio de todos.)

TODOS. Aymerico! (le abiazan algunos.)

AYME. Aymerico, amigos míos, Aymerico que ya puede presentarse ante vosotros, sin ningún temor de encontrarse con el verdugo.

MON. Dios guía vuestros pasos, noble Vizconde.

AYME. Errante como un bandido, he podido, á duras penas, huir las traiciones de Berenguer; por fin me hallo entre vosotros; no es cierto que todos sois fieles partidarios del legítimo soberano? Que estais prontos á jurar al tierno hijo del desdichado Ramon?

TODOS. Sí, sí.

AYME. Pues bien, amigos míos, no perdamos un instante; volemos en su busca para sentarle en el trono de sus mayores. Seguidme, nobles catalanes, donde se halla. Vamos á devolver la tranquilidad y alegría á la desgraciada condesa, y á su hijo el cetro que la usurpaban; vos, noble Moncada, corred á la alcazaba, y soldad á los infelices que gimen en sus negros calabozos, haciendo que se encargue de su antiguo destino de Gobernador de la ciudad, el leal Guillermo Sanchez; vos, Centellas, haced que la noticia del triunfo se divulgue, y se proclame en toda Cataluña, al joven Raimundo; vos, Cornel, prended á los satélites del que acaba de morir, y vosotros seguidme, venid á donde se halla el soberano; Cataluña despierta! (se oyen ricas fuera.) Gracias, Diosmío! gracias!

MON. Viva el conde Raimundo IV.

TODOS. Viva!

VOZ. Deteneos!

TODOS. Cómo!

AYME. Qué significa!

ESCENA III.

Dichos; se abre la puerta de la cámara de Berenguer, y aparece este de pie, rodeado de soldados, y con UBALDO y OTTJERO á su lado; al mismo tiempo todas las puertas se llenan de soldados, que amenazan con sus armas; terror y tumulto general. Berenguer para dar mas efecto al cuadro, vendrá medio envuelto en un ropaje blanco y con el semblante lívido y sombrío.

BER. (apareciendo y con risa sarcástica.) Deteneos insensatos.

TODOS. Oh! (los soldados les quitan las armas; ansiedad.)

BER. Lazara compe su mortaja! Prendedlos!

AYME. Infamia! Infamia!

BER. Mentecatos, que alocinados por el triunfo, no habeis pensado en descubrir mi paño mortuorio; que no notasteis con toda vuestra sagacidad, que tras las cor-

tinas de mi pecho, se presentaba una farsa! Una farsa, que era el lazo en que habeis caído, miserables! Creisteis muerto al leon? Pero os habeis engañado! Aun vive, y podrá devoraros á todos. Esto es verdad; díselo tú, Ubaldo; hazle ver que esto es bueno, que estoy fuerte, brioso; díles todo eso, para que tiemblen! Si.... para que tiemblen! (depende del actor.)

AYME. Infames!

BER. Por mi vida que no desperdiciabais el tiempo! Os repartiáis ya el botín, como una horda de bandidos. (el segundo mas fuerte) Si, de bandidos. (volviéndose á los suyos.) Vedlos, vedlos temblar al eco de mi voz; miserables!

AYME. (arrebatao.) Basta ya de silencio! Porque cada minuto que pasa sin echarle en cara tus infamias, es un siglo de deshonra para mí. Berenguer, deteni tu maldita lengua, ó teme que Dios la abraze en un momento de su justicia; no apellides traidores á los que son victimas de tus traiciones. Asesino! Sacia tu rabia en nuestra sangre; no creas que pedimos el perdón; palabras de muerte es lo único que deben salir de tus labios; nunca brota la llor en un peñón de arena; el perdón recibido de ti, creo que nos rebajara á los ojos de Dios. Usurpador, que en vano tratas de disfrazar tus designios, tiembla la cólera del que todo lo puede.

BER. Sigue, Aymerico, sigue; pronto cortará tus palabras el hacha de un verdugo; caiste al fin en mis manos; anoche te salvó tu astucia, hoy ha podido mas la mi; el lobo se ha fingido muerto, las abejas han llegado á sus pies!... Dices que no quieres mi perdón? Haces bien, porque seria inútil, oh! No podrás comprender con que gozo voy á vengarme de todas tus injurias!...

AYME. Fratricida infernal!

BER. Pronto, á la alcazaba con ellos! Vé, Ottjero, vé, y con tu cabeza me respondes de las tuyas, hoy es día de ventura, podré respirar sin temor á sus asechanzas; los traidores se han delatado á sí mismos, Dios los ha confundido!

AYME. Berenguer, á él apelo!

BER. Haces bien, nadie mas podrá ayudarte! Pronto, idos! (vanse todos entre soldados.)

ESCENA IV.

BERENGUER, UBALDO.

BER. Ya lo ves, Ubaldo; por fin he conseguido mi objeto; han caído en mi poder; feliz idea la de fingir mi muerte; creídos de ella, han venido á mis manos. Insensatos! Escúchame, viejo mío; mañana quiero dar gracias á la gloriosa Santa Eulalia, por el triunfo obtenido, con una solemne fiesta. (se sienta.) Ahora pensaremos en otra cosa, es preciso cortar de raíz el mal que nos amenaza; no seria muy bien pensado librar á mi sobrino de las asechanzas de esos infames?

UBAL. Qué quereis decir?

BER. No has llegado á comprender, que el nombre de Raimundo solo es en ellos un pretexto? Que no dudan, para el logro de sus intentos, en comprometer al pobre niño que en nada piensa, porque su edad es muy corta? No ves que el foco principal de la intriga, es esa maldada condesa?

UBAL. La vinda de vuestro hermano?

BER. Pues; esa hija de la Normandía, misteriosa como los bosques de su patria, y fria á toda idea de cariño, como las nieblas de su montaña.

UBAL. No os comprendo!

BER. Insensato! Acaso crees que el cetro de Cataluña no es bastante para engendrar un deseo?

UBAL. Y pensáis?...
 BEN. Que ella lo ambiciona, y que por su posesion, no dudaría en sacrificar hasta su propio hijo.
 UBAL. Qué deis?
 BEN. La verdad. Ubaldo! La corona de mi sobrino peligra mientras esa muger se halle a su lado.
 UBAL. Y qué queréis hacer?
 BEN. El niño Ramonido, custodiado por Outjero y cien lanzas de las montes, saldrán inmediatamente para el castillo de Terrasa.
 UBAL. Separar al hijo de su madre, señor! Arrancar una flor de su tallo, es condenarla a la muerte.
 BEN. Condenarlo a la muerte es librarla de toda asechanza? Educad! cual se merece, el que ha de sentarse en un trono? No te he dicho que su madre es su mayor enemigo? El deber me dicta velar por ese débil retoño.
 UBAL. Pero...
 BEN. Nada me hará retroceder; hasta ya; además, que allí, á la sombra de aquellas murallas, el niño adquirirá pronto la firmeza del hombre, y podrá entregarte este cetro de hierro que tanto pesa ya en mi mano. (con hipocresia) Yo voy ahora á dictar mis órdenes, tu ve á comenzar á Élodia, mi última resolución, que antes de dos horas ha de partir mi sobrino; á Outjero, que le aguardo en mi cámara. (entra en ella y cierra.)

ESCENA V.

UBALDO, luego SUMARIO.

UBAL. Perdidos! Perdidos sin remedio! Será posible, Dios mio, que así los abandonos? Harás en un momento milites dos años de fatigas y limgimientos? Oh! no puede ser! Tú, a cuyo alito brotan las flores en medio de los arenales; tú, que tiendes la paternal mirada á las aves que cruzan el espacio y los insectos que se hunden en el césped; tú que todo lo puedes, y que por todo velas tras esa magnífica cortina azul, tachonada de estrellas; que tiendes sobre el mundo, para que no le abrasen tus miradas; tú no los abandonaras en poder del infirmito! Oh! mi vida por su salvacion! Todos mis esfuerzos han sido vanos; antes de dos horas, ha dicho, si, antes de dos horas, el hijo de Ramon sera e nluuido á Terrasa, y en sus muros hallara la muerte; si, te conozco demasiado, buena taimada. Es horrible, Dios de mis padres! Y yo, he de desgarrar el corazon de una madre! (queda apoyado en un sillón.)

SUM. (entra por el fondo. La impaciencia me devora; esos ruidores! Esas prisiones que aseguran todos... No hay duda; el se halla ya encerrado en un calabozo.

UBAL. Quién! (viéndolo.)

SUM. Un hombre! El de ayer!

UBAL. (reconociéndolo.) El soldado! El mensajero de Aymeric!

SUM. Me conocéis? (echando mano á la espada.)

UBAL. Detente. El cielo te envía!

SUM. Qué deis?

UBAL. Amas á tu amo?

SUM. Por quien me tomáis?

UBAL. No trates de disimular; te conozco bien.

SUM. Entonces mi acerto sabrá...

UBAL. Calla, desventurado; piensa solo en salvar á tu amo.

SUM. Mi amo... qué significa!

UBAL. Si, el Vizconde de Narbona ha sido hecho preso por el cende de Cataloña.

SUM. Gran Dios! Será verdad?

UBAL. Un caballo le espera mañana.

SUM. Nunca, mientras yo viva. (con resolución.)

UBAL. Insensato! Y qué podras tú hacer?

SUM. Arrancarlo de mi nos de sus verdagos; pero decidme, esplicadme qu en sois vos, como os decidis á probarle?

UBAL. Pronto lo sabrás; pero ahora no hay que perder un momento; toma, aqui tienes oro suficiente. (le dá un bolsillo.) Apresta un caballo y armas, y vé con sigilo á situarte en el camino de Aragón, junto á la cruz de piedras; pronto estarán á tu lado la condesa y su hijo, que con disfraces oportunos voy á sacar de aqui, y á los que conducirá al vecino reino.

SUM. Y el Vizconde?

UBAL. Te juro que á la tarde estará libre, ó yo habré dejado de existir.

SUM. Y quién me asegura de la verdad de vuestras palabras?

UBAL. ¡Indécil! Dios que penetra el fondo de los corazones! Qué temes? No podria perderte á una voz? No entrego en tus manos el tesoro porque tanto se espone tu amo?

SUM. Tenéis razon, si, confío en vos. (vá á irse por el fondo.)

UBAL. (rá y abre la puertecilla secreta.) Detente, por aqui no seras visto; sigue este oscuro corredor, y á su fin encontrarás otra puerta, que dando paso á una bóveda pendiente y húmeda, te conducirá, despues de varios rodeos, fuera de palacio; es una salida que solo yo conozco, merced á la casualidad; vé que Dios guiará tus pasos!

SUM. El os bendiga, señor. (vase por la puerta secreta.)

ESCENA VI.

UBALDO solo; luego la CONDESA.

UBAL. Logre salvarlos, y muera! (cerrando la puerta) La Condesa!

CON. Ubaldo!

UBAL. El mismo, señora.

CON. Vos que siempre habeis tratado de aumentar mis martirios, vos, mi eterno enemigo, decidme, decidme por compasion si es cierto.

UBAL. Qué queréis decir?

CON. Es verdad que Aymerico jime en una prision, donde ha sido conducido con todos los parturidos de tu hijo? Hablad, no dudéis en darme esta noticia, que sera para mi mas horrible que la misma muerte.

UBAL. Es muy cierto, señora.

CON. Cielos!

UBAL. Han sido presos hace un instante; y vos lo ignorabais?

CON. Si, si, lo ignoraba; Dios mio! Dios mio! Qué sera de mi pobre hijo!

UBAL. Vuestro hijo! Oh! (cierra las puertas.) Yo lo salvaré, ó murire á vuestros pies!

CON. (atónita.) Vos! Y quién sois vos? Esplicadme vuestra conducta misteriosa; porque cuando sois mi mas encarnizado enemigo, haceis brillar sobre mi un fru de esperanzas? Por qué al paso que asesinais á mi paje Roger, librais al vizconde en su imprudente entrevista?

UBAL. Porque así lo decretó Dios, Condesa; porque donde menos cree el hombre hallar fuego, bullen las entrañas de un volcan; sabed que habeis sido vendida por casi todos, y vos demasiado pura no habeis conocido las negras formas del crimen.

CON. Hablad, pues, anciano; vuestra voz resuena en mis oidos, como un eco ya conocido.

IBAL. No me reconocéis, Elodia? No veis brillar en mis ojos el último rayo de una mirada conocida? No contempláis en mí al hombre á quien tantas veces habeis dado el nombre de padre?

CON. Justo Dios! Vos! Vos sois!...

IBAL. Sí, Elodia!

CON. Rolando, padre mio! (*se echa en sus brazos.*)

IBAL. Sí, Rolando de Albert, el amigo, el viejo consejero de Ramon, que condenado á muerte por su hermano, hace dos años que engaña á sus verdugos, y espone su cabeza por velar sobre vos, pobre mártir; que por vos se ha encubierto con la máscara del crimen, echando sobre su vida la execración de los hombres.

CON. Dios mio, no es mentira tanta felicidad?

IBAL. Sí, Condesa, aun podeis esperar; pero ved que los instantes son preciosos.

CON. Cómo?

IBAL. No perdamos un momento; tiempo tendremos para contarnos nuestras desgracias; sabed ahora, que yo he sido vuestro protector, que mil veces os he salvado con mi malhad supuesta, de eminentes peligros, y que ahora debo libraros de uno no menos grande.

CON. Qué decís?

IBAL. Aymerico, á quien anoche mismo delaté yo, porque veia su inevitable pérdida; al mismo tiempo que conocí necesario desvanecer la tempestad de sospechas que contra mí se formaban; Aymerico, que á pesar de todo, pude luego salvar, ha caído, como os he dicho, en poder de Berenguer.

CON. Gran Dios! Con que es cierto? Con que no menta el misterioso pergamino?

IBAL. No os entiendo. (*con rapidez toda la escena.*)

CON. Sabedlo, pues, noble anciano; hace un momento, que al ballarme sola en un salon de esas habitaciones ha penetrado por una de sus rejias una ballesta, que silvando, ha ido á clavarse en la pared. Atónita, sin saber la causa de semejante accidente, creí al pronto seria alguna flecha mal disparada; pero pronto reparé en este pergamino, que atravesado por ella, me hizo conocer no era la casualidad la que allí habia dirigido el arma arrojada; lo tomé con ansia, y solo sirvió para hundirme mas en el abismo de conjeturas. Ledle vos. (*se lo dá.*)

IBAL. Caso extraño, á fé mia! (*tomándolo, lee.*) A la Condesa de Mahalta. Esá vos!

CON. Si, á mi, padre mio.... Proseguid.

IBAL. No sé que pensar!... (*continua.*) «A vos, noble matrona, que sumida en el mas horrible cautiverio, contempláis á cada instante, con espanto, el puñal del asesino, pendiente sobre vos y vuestro angustio hijo; os escribe estos renglones uno de vuestros mas leales servidores. Condesa, la justicia de Dios vela sin cesar, y cuanto mas tarda, es mas terrible su castigo.... Sabed que Aymerico de Narbona, y otros de vuestros fieles partidarios, acaban de caer en la mas infame emboscada, á los umbrales de vuestra misma estancia. Mis no por eso debéis desalentaros; esperad, señora, y no dudéis que presto brillará para vos el dia de libertad. Tiemble el tirano en el trono que deshonra, el eco de sus crímenes ha resonado en Castilla, y el bron de sus montañas no tardara en aprestarse para arrancar su presa al yugo feroz de Cataluña; valor y confianza!» No comprendo el misterio de este escrito; sin embargo, señora, sea quien fuere el que os lo envia, bendicid á Dios, que no se olvida, de vuestras desgracias.

CON. Sí, si esperemos.

ROL. Es cierto, pero no aqui.

CON. Cómo?

ROL. Apesar de todo, es necesario huir, sin perder un momento.

CON. Huir, y dónde? Cómo salir de la ciudad? No seria mejor aguardar, como este pergamino dice? No seria una imprudencia arriesgarlo todo en una huida?

ROL. Arriesgarlo todo, decís? Pues bien, sabedlo al fin; dentro de poco vais á ser separada de vuestro hijo.

CON. Gran Dios! (*con espanto.*)

ROL. Conteneos, Condesa; ved que la menor indiscrecion puede perdernos.

CON. Mi hijo! Separarme de mi hijo! (*anonadada.*)

ROL. No os entreguéis de esa manera á un inútil dolor; cobrad ánimo; corred, prevenid vuestras joyas; presto os llevaré un vestido de aldeana, á favor de cuyo disfraz podremos ganar el campo, por esa puerta que se los ignoran. (*señala la secreta.*) Un camino oculto nos conducirá fuera de palacio, y pronto encontraremos al fiel Simario, el criado del vizconde que os llevará al vecino Aragon.

CON. Dios mio! Me faltan las fuerzas!

ROL. Pensad que vais á salvar á vuestro hijo, el cual sino, será conducido al castillo de Tarrasa.

CON. Qué horror!

ROL. Y allí, ya sabéis los medios que acostumbra Berenguer para cumplir sus deseos!

CON. Callad, callad!

ROL. Dudaremos aun de lo necesario que es vuestra fuga?

CON. Ah! no, no, padre mio; corro á prevenirlo todo; es preciso salvarlo! Ah! volad, volad vos, y no perdamos tiempo. Mi hijo, el hijo de mis entrañas!

ROL. Id pues, Condesa, y rogad al cielo que nos ayude.

CON. Sí, al cielo que os bendice, Rolando Albert! Hijo mio! (*entra precipitadamente en su cámara.*)

ESCENA VII.

ROLANDO solo, luego OTJERO.

ROL. Sí, Condesa, yo os salvaré ó pereceré en la demanda; corru á prevenirlo todo; Berenguer, tiemb! Válos salvos y libres de tus furoros, que pronto sabrás mi verdadero nombre. (*vá á salir por el fondo y, Otjero aparece en la puerta secreta.*)

OTJ. Deteneos! (*con voz terrible.*)

ROL. Cielos! El por ahí! (*deteniéndose espantado al verle.*)

OTJ. Salud al noble envenenador!

ROL. Otjero!

OTJ. Por nuestra Señora de Monserrat, que no esperebais mi visita, y mucho menos por esa puerta?

ROL. (Traicion!)

OTJ. Ya veis que voy aprendiendo vuestras mañas. Oh! no sabéis cuanto al grato á nuestro poderoso señor este nuevo descubrimiento, hecho por mí. (*cierra la puertecilla y se adelanta á la escena, Rolando permanece aterrado.*)

ROL. (Perdidos! Perdidos sin remedio!)

OTJ. Lo que es ahora, no creais saber mas que el aventurero. Yo contaré á Berenguer cosas que no le pondrán de may buen talante.

ROL. Miserable!

OTJ. Veis, le diré, ese viejo médico á quien hace dos años habeis entregado toda vuestra confianza? Pues es un traidor, que os ha engañado infamemente; por que bajo ese aspecto adulator, arde el fuego de una venganza, y el nombre de Ubaldo encubre su verdadero, el de Rolando de Albert!

ROL. Oh!

OTT. El hombre por cuya cabeza ofreciste tantas recompensas, que cae en vuestras manos del modo mas sencillo delatándose el mismo.

ROL. Yo!

OTT. Si, tú, viejo miserable! Me creías dormido por ventura? Ignoras que no podia ver sin enojo tu privanza, y que todo mi afán era hallar un modo de arrancarte esa mascara? Oh! Pero por Dios que al descubrir la verdad, he encontrado mucho mas de lo que pensaba. Desde ayer soy tu sombra, Rolando: sorprendido al hallarte aqui cuando anoche cayeron las puertas al impulso de nuestros brazos, una sospecha cruzó por mi mente y me alentó; nos dijiste que el vizconde habia huido por la ventana, y no debió ser así; al pié de ella se encontraban mis unas fieles arqueros, que sí le vieron subir, pero que luego, cortando la escala, hicieron imposible su huida por allí; sin embargo, callé, porque nada podia probarle, y esperé; hoy, á pesar de tu fingimiento, he notado que temblabas cuando Berenguer concibió la feliz idea de fingir su muerte, vi lo poco que te agradó, y aun que trataste de quitar al conde tal pensamiento; por último, la casualidad ha rasgado del todo el velo que cubria tus traiciones; al subir yo con los soldados de las prisiones, donde á mi sabor he dejado encerrados á los descontentos, un rumor de pasos he sentido junto á mi; he mirado, y nada he visto... Mas luego he conocido que entre el que así andaba, y nosotros, estaba la hólveda; hemos seguido la misma direccion del ruido, á poco, nos ha detenido una fuerte reja, que daba á un sitio solitario; de encima de ella se ha descolgado un hombre!

ROL. Dios mio!

OTT. Un hombre, que era el ser misterioso é invisible hasta entonces, que habíamos seguido en su paseo; ¿dónde iba? Quién era? Esto quisiera saber, y á fé que no lo hubiera conseguido, á causa de impedírnoslo la maldita reja, si una flecha de mis arqueros no hubiera detenido al fugitivo.

ROL. Maldición!

OTT. En seguida ha sido conducido ante mí, y á pesar de que nada he podido arrancarle, no he perdido la esperanza; me he lanzado por ese oscuro corredor, por mis presentimientos; al final de él he tropezado con esa puerta; he oído hablar, y he escuchado; erais vos y la Condesa; le deciais que huyera; por último, un nombre proscripto se ha escapado de vuestros labios; todo lo he comprendido, y aqui me teneis!

ROL. Con que es cierto? Conque todo lo sabeis, infame? Yo te aseguro que á pesar de mis años, yo ha de faltar á mis brazos fuerzas para hacerte callar! (lanza á él con el punal, Otjero le espera con la espada.)

OTT. Ved que os ciega el furor; no queráis que os mate, y priveis al buen pueblo Catalán, de la diversion de veros ahorcar.

ROL. Miserable!

OTT. No queráis que usurpe al verdugo sus prerogativas! (luchan, la puerta de la cámara de Berenguer se abre y aparece él; cuadro.)

BER. Deteneos!

LOS DOS. Berenguer!

ROL. No hay remedio! (depende del actor.)

ESCENA VIII.

Dichos, BERENGUER; luego soldados; luego la CONDESA.

BER. (adelantándose.) Insensatos! Os atreveis en ios umbrales de mi cámara? Por mi nombre que voy á

poneros grillos y mordazas, en castigo de vuestras demasías, pronto, habla! cual es la causa de este nuevo desmán? Responded, os digo, ó por Dios que no sabré contentar mi cólera.

OTT. Esperad y os contestaré. (adelantándose al foro.) HER. A donde vas?

OTT. Oh! (abrese la puerta del fondo; aparecen en él soldados que se adelantan.)

BER. Que haces?

OTT. Prended á ese hombre! (señalando á Rolando, á los soldados.)

BER. Cómo? Que nueva burla?

ROL. Infame! Infame!

OTT. Date preso en nombre de la ley, Rolando de Albert! (dirigiéndose á Rolando con los soldados, mientras Berenguer ve todo sin comprender.)

BER. Eh!

ROL. Condenacion! Infamia! (los soldados desarmaron á Rolando, que anonadado y rodeado de ellos queda á su lado.)

OTT. Pronto, desarmadle.

BER. Será cierto? (adelantándose con sorpresa.) Será él?

OTT. Si, poderoso señor, Rolando, vuestro mas tenaz enemigo, que hoy pone en lealtad en vuestras manos.

BER. Viéndole estoy, y lo dudo! Tú, tú Rolando? (sobreponiéndose y adelantándose resuelto pero siempre seguido de los guardias.)

ROL. Si, yo soy, ya es inútil por mas tiempo el fingimiento. Dios en sus altos juicios no ha querido que cumpliese mis deseos. Yo soy Rolando, usurpador; yo soy ese pobre viejo, cuya cabeza habias pregonado sediento de venganza, solo porque un día te recibí en cara tus cuernos y maldades; yo soy aquel anciano, que tantas veces te tuvo sobre sus rodillas, pero que ahora te maldice con todo su corazón!

BER. Oh!

ROL. Mirame y tiembra; vé esta cabeza encanecida con la nieve de ochenta inviernos, desafiando aun tu poder; yo soy el que hace dos años te he engañado, el que continuamente has tenido á tu lado creyendo tu mejor amigo, mientras todo mi saber lo empleaba en salvar á tus victimas; sabelo al fin todo; mil veces tuve intencion de acabar con tu vida...

BER. Horror!

ROL. Pero, no tuve valor; vi lo que los remordimientos te hacian padecer; temblé, sorprendi mil tormentos en tu frente arrugada, y en tus cabellos encanecidos los horrores con que Dios castiga á los malvados. Yo soy por último el que cubierto con la mascara del verdugo, hacia que tus crímenes redundasen en favor de tus enemigos; te induje á que matases al page Rojer, porque el infame habíame vendido la carta de Folela, y temblé por la inocente Condesa; te aconsejé su muerte, y al paso que te quité un servidor, te aluciné con mi mentida lealtad; necio, te digo yo á mi vez, pues no has comprendido hasta ahora que el perro que lamia tus plantas, no gruñia al acercarse tus enemigos.

BER. Basta, basta por Dios; una vanda de sangre cubra mis ojos, y no voy á ser dueño de mí!

ROL. Here, asesino, cumple tu mision sobre la tierra.

BER. Con que es cierto? Con que estas en mi poder?

Oh! Por santa Eulalia que hoy es un día feliz, demasado feliz! Pronto, á las prisiones con él; Rolando, mañana acompañarás al cadalso á los traidores; tu sangre será la primera que tiña el acha de mi verdugo.

ROL. Sereno bajaré á la tumba, pero no dudes que mi sombra, usada á las de tus victimas, te seguirá por

do quier, y velará por esa desgraciada madre y su tierno hijo; teme la cólera de Dios.

BER. Nunca la debe temer quien obra solo por la salud del reino; presto, ahajo con él, y á Tarrasa con el hijo de mi hermano. Marcha, Otihero, y que sea este imbecil antes de esperar, el caso que Berenguer hace de sus amenazas. *(entra Otihero en la cámara de la Condesa.)*

ROL. Deteneos, es imposible, tú no puedes mandar semejante infamia!

BER. Te equivocas.

ROL. Tigre feraz, nunca harlo de sangre humana, ven y sáciate de una vez en la mía, pero no arranques al hijo del regazo de su madre; infame! Crees que se me ocultan tus ideas? Te figuras que no sé que el castillo de Tarrasa será pronto la tumba de ese niño? *(sale Otihero con el niño dormido y en sus brazos; detrás de él la Condesa pálida y convulsa, se arroja á los pies de Berenguer.)*

CON. *(saliendo.)* Mi hijo, mi hijo!

BER. Condesa!

ROL. Desgraciada!

CON. No, Berenguer, no es verdad que vos no queréis separarme de él? Ved que es una infamia; perdonadme, señor, cuantas imprudencias baya podido cometer; dadmele, y aun podré bendeciros, y partuemos juntos, lejos, muy lejos, donde no oigáis hablar mas de nosotros, reinad en paz; ceños en buen hora su corona, pero no le arrebatéis el cariño de su pobre madre. Piedad! Piedad!

BER. Esta mujer está loca!

CON. Si, si, estoy loca; estoy loca porque quiero salvarle, porque comenzo tus intentos infernales... No no, perdonadme, señor; no sé lo que hablo; es cierto lo que decís. Las sienes me saltan; Dios mio, hablad á su corazon, y que se apade; obrad un milagro, Señor, vos que haceis brotar agua de las rocas, y palmeras en los desiertos; mandad á su corazon un rayo de vuestra misericordia!

BER. Condesa, vuestro hijo será educado como se merece; vos podreis verle alguna vez.

CON. Mi hijo, mi hijo! *(llorando.)*

BER. Imposible!

CON. Imposible, decís? Y por qué? Quieres asesinarlo, no es verdad? Quereis arrancar del todo la raíz de ese rosal, que ya han secado los vientos de tu venganza? Y no temeis la cólera de Dios? No temblas ante la sombra de Ramon?

BER. Infeliz; los padecimientos la han trastornado. Pronto, llevadlos. *(á los soldados.)*

CON. Piedad! Piedad!

ROL. Condesa, no la esperéis jamás de la hiena.

BER. Tú lo dijiste, nada de piedad!

CON. Mi hijo, mi hijo!

ROL. Maldito seas, fratricida!

BER. Llevadlos!

ESCENA IX.

Dichos, Folch y largo soldados; cuando van á ejecutar-se los órdenes, aparece Folch cubierto el rostro con la celada, y con sobrevesta sobre la armadura, sale por el fondo y se adelanta con paso mesurado. Asombro general.

FOL. Deteneos!

TODOS. Cómo!

BER. Quien se atreve!...

FOL. Yo, Berenguer, yo! *(adelantándose.)*

BER. Y quién eres tú, miserable, que así osas penetrar en mi estancia? Quién es el que así se opone á mis

mandatos? Tiembla y responde.

FOL. Soy un hombre que viene á arrancar al tigre su presa. *(á la Condesa que tiene abrazado á su hijo.)* No tembleis vos, señora; estais bajo mi amparo.

BER. Basta de farsa ya; pronto, alza esa celada, y conoza yo al que así abusa de mi paciencia. Descubrete!

FOL. Mirame! *(lo hace; asombro general.)*

TODOS. Oh!

CON. Rol. y Ber. Gran Dios! El! Ramon de Folch!

FOL. El mismo soy! Yo, que atraído desde Castilla, á donde tu venganza me habia arrojado, por los clamores de mi infeliz; yo, que velo por la inocencia y la virtud, oprimidas por tí.

BER. Vive Dios, que tu audacia es incomprendible. Oh! la mano de Dios os precipita; buen venido, gentil soldado, al suelo catalán; por mi fe que hace mucho tiempo deseaba verte junto á mi rabévil, crees en tu delirio que el leon de Barcelona esta tan acabado por tu vejez, que no desgarrará tu pecho al acercarte? Tiembla!

FOL. Las apariencias te ciegan, Berenguer! No oses separar á la Condesa de su angustio hijo; respeta las cenizas de ese anciano, haz coronar á tu sobrino, y abre las puertas de los calabozos, á los que jimen encerrados por tu venganza.

BER. Que dices? *(con rabia.)*

FOL. La tempestad ruge sobre tu cabeza.

BER. Pronto la espantara tu tronco ensangrentado! Oíd! Soldados, apodetaos de ese hombre *(los soldados van á obedecer, ansios-d general, Folch con toda la fuerza de la situación, y con voz terrible, esclama abriéndose la tábica y dejando descubierta su armadura, sobre cuyo pecho se ve brillar el escudo de Castilla.)*

FOL. ¡Atrás, y pasa á Castilla!!

TODOS. Oh!

(A esta voz los soldados retroceden y bajan sus lanzas; Berenguer y Otihero lanzan un grito de furor; la Condesa abraza á su hijo, y Rolando se precipita hácia Folch, que con actitud arrogante queda en medio de la escena, al grito de Folch aparecen en el fondo soldados castellanos que le penden real.--Cuadro.)

FOL. Catalanes, ved en mi representada la persona de Alfonso VI. Con el caracter de su embajador me presento ante vosotros, ved ahí mis credenciales. *(con arrogancia, arrojando en la mesa un pergamino.)*

BER. Oh! taha!

ROL. Dios es justo!

CON. Bendita su providencia!

FOL. Bajo mi amparo quedais, Condesa; la espada de mi soberano salta herir de muerte al que ose ofenderos. Para alentaros os mandé el misterioso pergamino.

BER. El, él!

FOL. Tiembla tu ahora! Tiembla, y ciega ante el esplendor de ese escudo! Elo allí, nacido en Cavadonga, tiemolado siempre por la victoria, honrado por cien héroes, viene hoy á derribar tu soberbia. En nombre del Castellano Alfonso, vengo; en el mismo te arrojo este guante, y ante su trono te espero, donde pienso acabar tus infamias, con la punta de mi acero!

BER. Horror! horror!

FOL. Muerde, si puedes, vivora sangrienta, el hierro de tu mordaza; acéñte mil tormentos horribles; ahóguete la sangre de tus víctimas, fú ante todo no te olvides: ¡¡¡En Castilla te aguardo, fratricida!!!

(Esto último con voz terrible.—Berenguer aterrado cae en el sillón, estrujándose la cabeza entre las manos; la Condesa, con su hijo, dá gracias al cielo. Rolando á su

lado contempla arrobada el cuadro. Otihero espantado á sus soldados. Fulch en medio de la escena en actitud arrogante. Cuadro.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion de los actos anteriores: la cámara de Berenguer está cerrada; es de noche una lampara colocada sobre la mesa ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, OTIHERO aparece dormitando sobre el sillón, pero muy agitado. RODRIGO entra embuzado por el fondo, le ve, y le despierta.

ROD. He aquí entregado á un sueño, al parecer no muy tranquilo; alzad... despertad, mi noble señor.

OTI. Ah! quién va?... Quién es!

ROD. Soy yo, señor, vuestro mas fiel servidor.

OTI. Eres tú, Roderto? (reconociendole.)

ROD. El mismo, que viene de cumplir vuestras órdenes.

OTI. Cansado de esperarte, me quedé dormido sobre ese sillón.

ROD. Perdonad si antes no vine.

OTI. Y bien?... (con inquietud.)

ROD. La noche de la aloceridad se adelantó hácia vos con rapido vuelo.

OTI. Cómo?

ROD. Vengo de recorrer la ciudad; los rebeldes, como vos los llamais, siguen en el castillo de los vizcondes. La plaza del Rey y las escuelas de Barcelona se hallan ocupadas por las tropas de Castilla, las jentes catalanas huyen por las calles de la ciudad, victoreando á la Condesa y su hija; se dice que si al salir el sol no estan fuera de las carceles, el Vizconde de Narbona y los suyos, todo concluída para nosotros; según ellos, ha de saludar el nuevo día al hijo de Ramon, sentado en el trono de su padre.

OTI. Maldición!

ROD. Y ya aparece en el Oriente esa faja blanca que anuncia á la aurora.

OTI. Imposible!... ¡Isterno! Ver en un momento desvanecidas cual humo las mas allagüeñas esperanzas! Con que no hay medio alguno?

ROD. El de huir, noble señor, y poner á cubierto las riquezas que se puedan salvar, antes de que esos barbaros suban á haceros una visita, que por mi fe no sería muy prudente el aguardar.

OTI. Huir sin vengarme!

ROD. Dejad ese cuidado al cielo; además, que otro recurso os queda? Y el Conde?

OTI. En el mas deplorable estado; desde el momento en que ayer se presentó a sus ojos el malhadado embajador, una horrible reaccion se ha obrado en su persona. Cree, Roderto, que me espantan los sufrimientos de ese hombre!

ROD. Es decir que nos hallamos en medio de un mar borrascoso, en un frágil leña, que van pronto á reagar las bandas irritadas! Abandonad pues los remos, señor, que para nada han de servirnos; y arrojándonos á nado, procuremos ganar la opuesta orilla.

OTI. Qué dice!

ROD. Una lancha bien equipada os esperara dentro de poco en la playa, detras de las rocas de las murallas; en ella podreis salvaros; pronto nos conducirá á Valencia, y no duda que su buen Rey Mayol nos acoga con benignidad.

OTI. O buen Roderto; cuanto te debo; sin embargo, tu no puedes comprender lo que sofre hoy mi corazon, al ver lúcese lo que tanto ambicionaba, el poder de Berenguer y el autor de la Condesa.

ROD. Será cierto?

OTI. Si, Roderto, la amaba, y mi único pensamiento es la venganza; olvidare, es verdad, á esa mujer; abandonaré á ese viejo miserable, con cuyo apoyo no puedo ya contar; pero antes de huir, dejare mi rastro de fuego. Es preciso vengarme. Y nuestros soldados?

ROD. Indecisos, según parece, guardan sus respectivos puestos, hasta que una voz atreviéndose a alzar ante ellos y shelvan sus lanzas contra tu mismo pecho.

OTI. No hay remedio, huremos; dentro de poco volaré á esa lancha que dices me espera; sin embargo, antes quiero poner á salvo varias riquezas que puedan ayudarnos en nuestra huida, y arrojare á Berenguer una flota que me proporcione el placer de la venganza.

ROD. Cómo?

OTI. Contamos aun entre nuestros servidores con el vengador?

ROD. Es el último que os abandonará.

OTI. Marcha pues al punto a prevenirlo todo; dentro de un momento me hallare á bordo en nuestra delhil embarcacion, grande recompensa te espera.

ROD. Séis mi fidelidad á toda prueba.

OTI. Lo sé, y por estar seguro de ella, me entrego hoy en tus manos.

ROD. Voy, pues, á cumplir vuestras órdenes.

OTI. Pronto estaré junto a ti. (vase Roderto, fondo.)

ESCENA II.

OTIHERO, luego BERENGUER.

OTI. Vé, necio servidor, cumple mis menores deseos; haz que pueda salvarme del peligro que me amenaza, que cuando estemos en medio del Océano, sin mas testigos que el cielo y el agua, yo me libraré de tí, miserable, que no has comprendido que los cómplices de un crimen son otros tantos espectros, á que es preciso hacer desaparecer. (se acerca á la mesa coge un pergamino y escribe.) Concluyamos. Aquí podrá escribir la orden para hacerla luego firmar a esa sombra de soberano. He aquí cuanto necesito; ahora la firma del Conde, y dentro de media hora todo ha terminado; pero él se dirigirá hacia aquí; en que estado tan espantoso!...

BR. (pálido y convelso. sale despojado de su cámara, y sin ver á Otihero, que de pie, a un lado, lo contempla con terror, vá á sentarse en el sillón, junto á la mesa, donde queda obsesionado en sus pensamientos.) En Castilla te aguardo, fratricida!...—Quién dice eso? Por qué dejas gritar de esa manera? No veis el daño que me hace!... Mas qué digo?... Estoy solo, solo, si, como en el sepulcro!... El sepulcro!... Sabra guardar un secreto?... He oido retumbar una losa, luego rozar un sudario sobre la piedra y alzarse ante mí... (dando un grito y exaltado.) Ah!... es él!... no hay duda, no! Le conozco; entre todas esas sombras, veo su vestido de armiño, manchado de sangre; mi hermano... Ramon!... Calla, calla lengua maldita, no le nombres. . . pueden oírte!... Me llama... estiendo hacia mí sus manos ensangrentadas, me ofrece su corazon... aparta!... ¡Huye! Me mata tu mirada, me asesina... ¡ja! ja! ja! (cae demayado en el sillón.)

OTI. (sin acercarse.) ¡Infeliz! Qué terribles padecimientos! Parece que han pasado veinte años sobre su cabeza,

en esta sola noche. Oh! pronto te vengaré también á tí.
Respira... vuelve en sí, era un corto desmayo.

BER. (volviendo en sí.) Dónde estoy?... Se marchó ya?...?

OTTJ. No temais, estais solo conmigo.

BER. Y quién eres tú?... El verdugo?

OTTJ. Soy Ottjero, vuestro amigo .. vuestro servidor...

BER. Amigos! Los buitres de la montaña y los lobos del valle son mis amigos; ellos van siempre tras de mí, y yo... yo los arrojo dignas presas. (con risa convulsiva.) Has tenido tú algun hermano?...?

OTTJ. Dejad tristes recuerdos, señor; volved en vos, pensad que todo lo que decís es inspirado solo por la calentura que os debora.

BER. Calentura! Los cadáveres no sienten, y yo soy cadáver! No me habeis envuelto con el sudario? No han plañido las campanas por mí?... Escúchame, no quiero que me enterreis bajo de tierra; allí estaria sujeto y no podría huir de él; echadme al mar...

OTTJ. Repito que dejéis esas quimeras; vamos, recordad dónde os hallais; reconocedme á mí, y sed otra vez el poderoso Conde de Barcelona; ahora mas que nunca necesitais toda vuestra energia; ahora que merced á sus mismas traiciones, podeis atacar cara á cara á vuestros enemigos, afianzando sobre vuestras sienes la corona Condal.

BER. Una corona!... No sabes tú lo que sufre el que la tiene! Una corona, dices? Es verdad, el oro de que se forma y la pederria con que se cubre, atrae facilmente la atencion, desgraciado el que rodea con ella sus sienes una vez; ella se unirá á su cabeza, ahogando todo pensamiento; de ella se asirá el genio del mal para arrojarlo al abismo, sin que todos sus esfuerzos sean bastantes á despegarla de su frente!

OTTJ. Es decir que no se os dará nada el que hoy os la arrebató? Que no sentireis verla volar á otras sienes, mientras á vos os arrojarán de este palacio, obligados á huir á lejanas climas, cubierta la faz de vergüenza y oprobio, y cambiando vuestra túnica de soberano por el sayal del mendigo? Y vos, poderoso un día, dareis gracias á vuestro vencedor por dejaros la existencia? Y todo esto por un momento de debilidad, que florareis despues?

BER. Tus palabras llegan á mi corazón de un modo extraño; no sé; parecen el conjuro de un magico!... Dón-de estoy?... Qué me dices de vergüenza y oprobio?

OTTJ. La verdad, señor; es preciso salvarnos.

BER. De quién?

OTTJ. Tomad, señor; firmad este escrito; en él estriba vuestra quietud y la del reino.

BER. Firmar? Y qué es lo que dice ese pergamino?

OTTJ. Ese pergamino dicta la sentencia de muerte de los rebeldes; su sangre apagará el incendio que arde en la ciudad.

BER. Mas sangre aun? Miserable! No te basta con la que ha sido derramada? Nunca!

OTTJ. Es decir que no firmareis?

BER. Jamás!

OTTJ. Y qué, creéis que si vos perdonais, yo lo haré de la misma manera? Que veré imposible á los enemigos apoderarse del poder, sin que derrame una gota de acibar, ya que no de veneno, en la copa de su dicha? Jamás, os digo yo á mí vez!

BER. Qué quieres decir, que no te entiendo?

OTTJ. Quiero decir, que de esa firma pende mi felicidad y que la exijo; quiero decir, que vos firmareis, o lo contrario, á una voz mia se alzarán ante vos mil súbrabras sangrientas que os obligaran á ello.

BER. Sombras! (pronto á caer en un nuevo delirio.)

OTTJ. Si, y entre ellas, ved una que sobresale, que se abre su vestido, y dejando ver su pecho ensangrentado, os dice, mirame, fratricida! (con voz terrible.)

BER. Ah!... sí, sí! es él, es Ramon... Le conozco! No hay duda! Perdon! perdon!

OTTJ. Firma, Berenguer! (dándole el pergamino sobre la mesa.) Tu hermano lo exige!

BER. Si, sí, hermano mio! (toma la pluma y firma. Ottjero sigue con ojos centellantes sus movimientos; así que ha concluido le arranca el pergamino con aire triunfante; Berenguer suelta la pluma y queda anonadado sobre la mesa.)

OTTJ. Vení! El medio fué violento, pero logré mi objeto. Oh! Tembldad ahora vosotros; pronto os estremecerá mi venganza! Presto, cumplanse mis designios, que luego una barca me espera. Volemos. (vase por el fondo precipitado.)

ESCENA III.

BERENGUER, luego ROLANDO DE ALBERT.

BER. (alzando un poco la cabeza y dejándola caer en seguida.) Dejádme en paz, espectros, que sin cesar me rodeais.. Dejádme ya; no veis que la muerte me arrulla en sus brazos? Por qué sois tan crueles?... Oh! apartad; vuestras heladas manos no quieten soltarse de mis vestidos?... Dejádme por compasion! (queda anonadado.)

ROL. (sale por la puerta secreta que tierra luego.) No hay nadie; llegaré á tiempo! Dios mio! Ayudadme; vos sabéis ya el objeto de mi venida!

BER. Me ahogo!... (sin alzar la cabeza.)

ROL. Quién?... ah! Un hombre! Es él, sí, no hay duda! Solo, abandonado ya de todos. Gracias, Dios mio, gracias; aun podre salvarle! Si, ahora que toda su grandeza ha desaparecido, y que solo la espada de la justicia contemplo pronta á caer sobre su cabeza, ahora tiemblo por él! Todo el odio que abrigaba mi pecho, se ha cambiado en compasion; ha desaparecido el usurpador, y solo veo en su lugar al hijo de Ramon II. Oh! es preciso salvarle; dentro de poco, ya no será tiempo; merced á esa via soterránea, pude llegar hasta aquí; por ella saldremos; álzate, Berenguer; prepárate á huir, antes que esas jentes irritadas, suban por tu cabeza... Berenguer, Berenguer! (Berenguer se alza poco á poco; levanta la cabeza, vé á Rolando de pie al otro lado de la mesa, y se levanta precipitado y convulsivo.—Depende del actor.)

BER. Esa voz, es la voz de mi conciencia; ah! Atrás! Atrás digo, fantasma aterradora!

ROL. Cómo?... Vuelve en tí, desgraciado! (ahora comienza á oírse de lejos, pero sin interrumpir el dialogo, el pueblo alborotado; la luz de la mañana penetra por la ventana.)

BER. Solo, solo aquí con esa sombra!

ROL. Repara lo que dices: vé quién soy; soy Rolando de Albert!

BER. Rolando!

ROL. Si, que viene á pagar tus crímenes, salvándote de una muerte horrorosa; oyes los clamores de Cataluña irritada, que pide tu cabeza? Pocos dentro de poco no será tiempo de huir...

BER. Huir! Y dónde?

ROL. Ven, y no temas; yo te salvaré!

BER. Tú, Rolando! Imposible!

ROL. No temas, te repito!

BER. Jamás! Jamás! Aparta, no te acerques, estoy manchado de sangre!

ROL. Justicia divina! El delirio de sus crímenes lo pier-
de! Berenguer, es preciso huir; el peligro crece. (v*á*
hacia él.)

HER. Atrás, sombra aterradora; jamás! jamás! (*é*nt*rase*
precipitadamente en su cámara; Rolando le sigue; la
puerta se cierra.)

ROL. Yo te sigo, Berenguer; yo que quiero salvarte!

ESCENA IV.

Después de una pausa, en que crece fuera el tumulto.
OTTJERO con un cofrecillo de oro bajo el brazo, entra
precipitado por el fondo y cierra.

OTTJ. Por fin me hallo aquí; gracias al diablo! Todo es-
tá perdido! Maldición sobre vosotros, los que asaltáis
este palacio, como una horda de bandulos, y arrancáis
de mis manos la venganza. La ambición me ha per-
dido; vuelvo al castillo en busca de las joyas de mas
valor, y cuando vuelvo a entregar el pergamino, ya no
era tiempo; los conjurados llenaban los calabozos, sol-
tando los presos; y gracias que en medio del tumulto
pude salvarme sin ser visto. Corro á la orilla del
mar; presto; tal vez no será tiempo; ay! de vosotros
si caéis un día en mi poder! Corramos! Este subter-
ráneo me salva. (*vá á salir por la puerta secreta y*
aparece en ella Sumario, que le amenaza con una ba-
llista.)

ESCENA V.

OTTJERO, SUMARIO.

SUM. Atrás, ó caes á mis pies!

OTTJ. Maldición!

SUM. (*á los soldados que salen por la puerta secreta.*)
Pronto, apoderaos del señor Gobernador.

OTTJ. Miserables!

SUM. Ahora hay mas miserable que tú, vil bastardo;
y juro por mi fé, que al menor movimiento defensivo,
tiendo á mis pies á vuestra señora (*los soldados lo*
prenden y lo desarman.)

OTTJ. Traidores, tembald!

SUM. Como quieras; pero en tanto dadme acá esa caja...
Qué veol!... Diamantes!... Oro!... Ha infame, ya que
no el trou, cargabas con el tesoro condal; tomad,
capitan; guardad vos esas riquezas.... Vosotros condu-
cid ese hombre donde sabéis; encerradle, y que es-
pere allí su sentencia.

OTTJ. Yo me vengaré!

SUM. Estás en tu derecho; á ver, conducidle por aquí;
esta es la salida que buscaba; démosle gusto en todo,
y así evitaremos que al encontrarle nuestras gentes,
principien tan hermoso día vertiendo sangre.

OTTJ. Infames!

ROL. Llevalle, la horea le espera. (*los soldados se lle-*
van á Ottjero por la puerta secreta; Sumario los si-
gue, cerrándola; pausa: suenan golpes y gritos en la
del fondo, que por último cae en pedruzos.)

ESCENA VI.

Entran en tropel MONCADA, CORNEL, CENTELLAS, SA-
MIGON, y pueblo con espadas, hachas y otras armas, la
luz del día ilumina la escena.

MON. Victoria! Victoria! (*entrando.*)

SANA. Dónde está el tirano?

COR. Nadie me quite el placer, de bañar mi espada con su
sangre.

MON. Demos ante todo gracias á Dios, hermanos míos,
que con su divina sabiduria, permite la grandeza del
malvado, para que sea mas terrible su caída.

COR. Si, él nos ha salvado hoy de una muerte cierta, y
convierte á los verdugos en víctimas.

COR. Muera Berenguer, muera el usurpador!

TODOS. Muera!

SANA. Busquémosle, y pague de una vez tantas infa-
mias.

TODOS. Sí, sí!

ESCENA VII.

Dichos, RAMON DE FOLCH, armado y seguido de solda-
dos castellanos, entra precipitado por el fondo.

FOL. Deteneos!

UNOS. Ramon de Folch!

OTROS. El vizconde de Gardona!

FOL. El mismo; yo que quiero libraros de un eterno
borron; nada de venganza, amigos míos; no irriteos
con un crimen al Dios que hoy nos dá la victo-
ria.

MON. Cómo?

FOL. Barcelona es nuestra; todo ha caído en poder de
los leales; la soberbia del tirano ha sido humillada,
como la de Faraon al soplo del Señor.

MON. Pues bien, qué dudamos en buscar al infame, y
confundirlo?

VARIOS. Sí, sí.

FOL. La sangre derramada de ese modo, mancha muchas
veces la espada de la justicia; una muerte así, se ase-
meja mucho á un asesinato. Esperad; acaso rehusará
Berenguer el duelo que le propuse? No es esa mas
poble venganza? No sabéis además, que Dios dirige
las espadas en esos juicios, en que se pelea á su
nombre?

COR. Sin embargo, busquémosle; escapamos en su ros-
tro, como él nos ha hecho en otro tiempo.

SANA. Allí le tendremos escondido; en su cámara.

MON. Qué aguardamos pues?

COR. A él!

FOL. Deteneos! No borreis en un momento, un día tan
noblemente comenzado!

UNOS. Muera Berenguer!

FOL. Respetad su vida!

OTROS. Muera Berenguer!

FOL. Soldados, haced respetar mi voluntad! Ved que
me vais á obligar á usar de la fuerza! Es un crimen
horrible! Deteneos!

MON. Ramon de Folch, es tarde; deten si puedes á un
torrente en su carrera.

SANA. Muera el fratricida.

TODOS. Muera! (*se dirigen amenazadores á la cámara*
de Berenguer; Folch los exhorta; al llegar á la puer-
ta, esta se abre, y aparece en su dintel Rolando, sos-
teniendo á Berenguer, que sale con faz cadavérica;
pasea sobre el cuadro miradas centellantes; todos re-
troceden, los soldados de Folch quedan en el fondo.)

ESCENA VIII.

Dichos, BERENGUER, ROLANDO.

ROL. Atrás! Atrás!

TODOS. Oh!

FOL. Berenguer, Rolando!

ROL. Si, Rolando, que no permitirá cometáis un hor-
rible crimen!

COR. Es él!

MON. Justicia de Dios!

ROL. Respetad sus decretos; no oséis manchar vuestras
manos con la sangre de un hombre indefenso, que lu-
cha con la muerte. (*vá poco á poco y hace sentir á*
Berenguer, quedando él á su lado.)

FOL. Será cierto, justo cielo? Habrás elegido los tormentos mas grandes, que el hombre podia imaginarse, para castigar sus maldades?

ROL. Respetad su agonía, y perdonad; sed generosos, y Dios lo sera con vosotros.

FOL. Berenguer! Berenguer!

BER. Quié? me llama?... (*saliendo de su abatimiento.*) Por qué me despertais? Ya no pertenecía al mundo, y vuestras voces me obligan á respirar ese aire que ahoga!

FOL. Infeliz!

BER. Cuánto sufro! Me veo en medio de un lago de sangre!... Sus olas van creciendo, ya tocan á la roca donde me hallo.... Cuando lleguen á mi boca, será preciso morir!... Qué horrible ansiedad! Ver cernirse la muerte sobre la cabeza de uno, y no poder salvarse!... Me abraso! Dadme agua!...

FOL. Señor, hay tormentos iguales al remordimiento que tú enciendes, con un soplo de tu justicia?

ROL. No, no le hay, no ha inventado el hombre castigo que iguale á esa muerte lenta y espantosa, donde el corazon es horriblemente triturado, huid el remordimiento, hermanos míos.

ESCENA IX.

Dichos, EL VIZCONDE DE NARBONA; conduciendo á la CONDESA y seguido de SENAPIO y caballeros.

AYME. Venid, señora, venid á humillar su soberbia.

FOL. Deteneos; no venis á presenciar mas que su agonía.

CON. Cielos!

FOL. Vedle! La providencia toma á su cargo el castigo del malvado; olvido y perdón.

CON. Berenguer, Berenguer! Yo te perdono!

BER. Esa voz? Es salida de una tumba?

ROL. No, es la voz de un angel, Berenguer, por la que el Señor te manda su perdón.

BER. Sa perdón!... es tarde!... Apartad... dejadme morir en paz!... Hermano mio! Agua!... Socorr.... (*espira; pausa.*)

ROL. Humillaos ante el que acaba de morir!

TODOS. Oh! (*se inclinan con respeto.*)

CON. Infeliz!

FOL. Todo ha concluido; Berenguer ha muerto, ya habéis visto como, aborreced el crimen.

AYME. Si, Folch, nuestro encono no pasará de los bordes de su sepulcro; halle en él el reposo del justo; ocultad esos tristes despojos; pero en tanto, basta ya de lúgubres ideas! (*unos caballeros arrojan sobre el cadáver un manto de terciopelo negro, y lo retiran á su cámara; el pueblo se dirige con curiosidad hácia ella, como para ver el muerto, pero dos centinelas colocadas en la puerta de la cámara contienen á la multitud que llena el salon.*) Pensad que nuestros males han encontrado fin; que hoy sea Barcelona cual un día, y que al brillar el nuevo sol, ha de reflejar sobre la diadema condal, colocada en las infantiles sienes del hijo de Ramon!

TODOS. Si, si!

AYME. Hijos de Vifredo, hé aqui á vuestro conde soberano! Le jurais por tal! (*rlorando el niño; todos se descubren y extienden las manos.*)

TODOS. Lo juramos!

FOL. Si, catalanes, él hará que las barras de vuestro escudo, brillen tanto que causen envidia al mismo sol; valor y lealtad, y no dudéis que con esta divisa, llegareis á ser tan poderosos como piense vuestro deseo.

AYME. De rodillas, catalanes! (*con el niño.*)

ROL. Si, saludadlo y bendecidlo!

FOL. Viva Raimundo IV.

TODOS. Viva! (*Aymerico presenta el niño al pueblo, que lo victorea; la condesa de rodillas abrazada á su hijo; Rolando dando gracias al cielo; Folch en medio, con el pendon de Cataluña, los soldados rinden las armas y fuera se escuchan tambien los gritos del pueblo que responde.—Cuadro.*)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice. Madrid 26 de febrero de 1859 —El censor de teatros, Antonio Ferrer del Rio.

MADRID, 1860.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LALAMA,
Plaza de la Cebada, núm. 66.

